

Edgardo Dobry, *Una profecía del pasado. Lugones y la invención del “linaje de Hércules”*

Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, 196 páginas.¹

Una profecía del pasado: así se titula el libro que Edgardo Dobry escribió sobre *El payador* de Leopoldo Lugones. A partir de esas dos elecciones, título y tema, son muchas las cuestiones que valdría la pena comentar. Voy a tomar solo algunas de ellas, sacrificando la riqueza de muchos aspectos tanto o más relevantes. La primera tiene que ver con la elección del tema mismo. Aunque doctor en Filología por la Universidad de Barcelona y profesor de Teoría Literaria y Literatura Latinoamericana en esa Universidad, Dobry es, antes que nada, un poeta. Y cuando uno empieza a leer *Una profecía del pasado*, se entera de que en “la raíz” de este estudio hay otro anterior, una monografía de doctorado en la que había trabajado sobre *Lunario sentimental*. Dada su condición de poeta, lo esperable y aun deseable para quienes conocemos no solo su poesía, sino también sus ensayos sobre modernismo, vanguardias y poesía contemporánea, hubiera sido un libro sobre el *Lunario*. ¿Por qué entonces *El Payador*? Conjeturo que al volverse hacia ese clásico del nacionalismo, Dobry buscó poner en juego, más que su dominio de los aspectos específicos de la lengua poética, un haz de saberes vinculados, por un lado, a sus intereses universitarios, y por el otro a una particular inquietud por las dimensiones políticas e ideológicas de la operación cultural de Lugones en el contexto de las primeras décadas del siglo pasado. Esto le permite, además, enlazar con pertinencia la conmemoración del Bicentenario con algunos libros clave que celebraron el primero, entre 1910 y 1916.

En lo que hace a la puesta en juego de su formación académica, la competencia filológica le permite a Dobry revisar con rigor las controvertidas afirmaciones de Lugones sobre la lengua, que van desde el lenguaje del *Martín Fierro* hasta el castellano de América, pasando por las concepciones de la lengua nacional; de eso se ocupa central, aunque no exclusivamente, en el capítulo III, titulado “La invención de una lengua nacional”. Esa competencia le permite también someter a un escrutinio severo las aventuras lexicográficas y etimológicas en que es pródigo *El Payador*, antecedente cierto del proyecto desmesurado de Lugones de hacer un *Diccionario etimológico del castellano usual*, del que ni siquiera alcanzó a terminar la primera letra. En cuanto a lo segundo, la exploración de las dimensiones políticas e ideológicas de *El payador*, me parece advertir en su tratamiento un síndrome bastante conocido: el de la ampliación que experimenta la mirada sobre lo nacional cuando se lo observa desde el exterior, esto es, el reconocimiento de que lo que desde una perspectiva interna a menudo es visto como exclusivamente nacional en realidad se inserta en un entramado más vasto. Esto lleva, en primer lugar, a tener en cuenta a América Latina en el análisis de textos y procesos muchas veces enfocados desde un punto de vista cerradamente local. Descubrir América Latina desde afuera ha sido, con mayor o menor intensidad y con resultados dispares, una experiencia frecuente para muchos y bien conocidos escritores argentinos: fue el caso de Manuel Ugarte a principios de siglo, que promovió el latinoamericanismo desde París; de Victoria Ocampo antes de fundar *Sur*, al volver de los Estados Unidos a bordo de un barco en que bajaba por el Pacífico después de cruzar el canal de Panamá; de Julio Cortázar, nuevamente desde París, después de la Revolución Cubana; y seguramente Josefina Ludmer sabe muy bien que está repitiendo esa experiencia bien conocida cuando, todavía hoy, afirma que descubrió América Latina desde los Estados Unidos. Siguiendo esa veta que recorrieron muchísimos escritores e intelectuales latinoamericanos desde los momentos iniciales que prepararon las revoluciones de independencia, Dobry escribe hoy sobre literatura argentina desde España, y a ese descentramiento, a esa mirada que se construye desde afuera, se debe lo más original de esta lectura de *El payador*.

¿En qué consiste esa originalidad? A diferencia de la mayor parte de los estudios dedicados a ese ensayo sobre la nacionalidad, *Una profecía del pasado* no se encierra en los límites estrictos de la problemática nacional para proceder a la explicación y a la crítica. La exposición de Dobry registra sintética y a la vez minuciosamente los antecedentes históricos y los dilemas locales sobre la cuestión del lenguaje, desde los primeros románticos que buscaban crear una literatura nacional con una lengua implantada por la Conquista —Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez— hasta su vinculación con las transformaciones sociales y demográficas de la Argentina moderna a partir de la consolidación del Estado y los efectos de la política inmigratoria. Transformaciones cuyos ecos resultan bien audibles en el concierto de celebraciones y debates que caracterizaron los años del Centenario. Sin descuidar ni los

¹ Se reproduce el texto leído como presentación del libro por María Teresa Gramuglio el 26 de octubre de 2010 en la librería El Ateneo, ciudad de Buenos Aires.

antecedentes ni el desarrollo de aquellos dilemas, es decir los propios de la peculiar configuración de las condiciones políticas, sociales y culturales de la Argentina, Dobry los inserta en una red de relaciones más vasta, y lee las posiciones de Lugones sobre diversos tópicos cruciales del pensamiento argentino, como las cuestiones de la lengua, la relación con España, con Europa y con los Estados Unidos, el panamericanismo, las cambiantes valoraciones del pueblo y de lo popular, la condición heroica y otras más, en contrapunto con las que adoptaron sobre esos tópicos figuras clave del pensamiento latinoamericano y europeo: los nombres de Rubén Darío y José Enrique Rodó y de los europeos Ernest Renan y Friedrich Nietzsche se entrelazan en los puntos nodales de esa red. Fuera de escritores argentinos insoslayables, como es el caso de Borges, que tanto se ocupó de *Martín Fierro* y de Lugones, otras figuras representativas ingresan en ese entramado que sitúa las ideas de Lugones en un marco dinámico internacional. Una de las más atractivas, la de Pedro Henríquez Ureña, antecedente muchas veces silenciado de las tesis que Borges expuso en “El escritor argentino y la tradición”, acerca de nuestro derecho a apoderarnos de toda la tradición de la literatura occidental. Tesis que en verdad, agregaría yo al señalamiento que Dobry toma de Nora Catelli, a poco que uno explora, encuentra formuladas con diverso fraseo en numerosos escritores pertenecientes a literaturas no centrales muy distantes de las latinoamericanas, como la húngara y aun la rusa. Vincular a Lugones con figuras como la de Rodó o la de Nietzsche no es una novedad. Lo nuevo es el modo como ellas se articulan aquí, en este libro, en una red de relaciones afirmada sobre referencias precisas y el propósito de alcanzar una elaboración conceptual que va más allá del mero señalamiento de influencias.

Otro nombre destacado en estos contrapuntos, pero a mi juicio más discutible, es el de Oswald Spengler. También siguiendo una agudísima lectura de Catelli, Dobry lo incorpora a su red textual, y relaciona el ensayo de Lugones con esa estructura de sentimiento compartida por algunos intelectuales que, después del fulminante diagnóstico de la “decadencia de Occidente” formulado por Spengler en 1918, cuyo libro fue traducido al castellano en 1923, gustaban de pensar en América como el lugar de una utopía del futuro, con el lugar de la promesa de realización de los valores que en Europa la guerra de 1914-1918 habría terminado de derrumbar. Aunque soy una firme promotora del principio comparatista de pensar relaciones que atraviesen las fronteras de las literaturas nacionales, creo que es indispensable extremar los cuidados para no construir correspondencias arbitrarias. En este caso, teniendo en cuenta, como Dobry mismo señala, que las conferencias que dieron origen a *El payador* son de 1913 —es decir anteriores al estallido de la guerra europea y a la publicación del libro de Spengler—, me parece más adecuado inscribir la extravagante lectura lugoniana del pasado en la estela de las dilatadas proyecciones del romanticismo europeo, con su obsesión por encontrar, o en todo caso fabricar, en cada pueblo, un poema épico que resultara fundante y a la vez garante de la nacionalidad. De hecho, Lugones ya había intentado esa empresa con *La guerra gaucha* en los primeros años del siglo, traduciendo el impulso épico a una lengua hipersofisticada tributaria de los hallazgos del modernismo. Como sabemos, estas obsesiones se hicieron particularmente presentes en el clima del Centenario, y con ese talante Ricardo Rojas alteró la cronología y dedicó los dos primeros volúmenes de la *Historia de la literatura argentina* no a los coloniales, sino a los gauchescos, a quienes consideraba en conjunto como “un género épico de creación colectiva cuyo autor fue nuestro pueblo” y definió como la “roca primordial” de la nacionalidad. Sin duda Dobry conoce bien esta interpretación tradicional, que resulta menos creativa que la suya, pero creo que vale la pena volver a ella, sobre todo si se recuerda la alta condensación semántica que atribuye Edward Said a los comienzos de un texto. ¿Cómo empieza *El payador*? Cito el comienzo: “Título este libro con el nombre de los antiguos cantores errantes que recorrían nuestras campañas trovando romances y endechas, porque fueron ellos los personajes más significativos en la formación de nuestra raza. Tal cual ha pasado en todas las otras del tronco greco-latino, aquel fenómeno inicióse también aquí con una obra de belleza”. Puro Herder.

Ese comienzo tan contundente se puede leer en contrapunto con una cita de Borges que Dobry ha registrado en la página 118 de su libro: “la vida pastoril ha sido típica de muchas regiones de América, desde Montana y Oregón hasta Chile, pero esos territorios, hasta ahora, se han abstenido enérgicamente de redactar *El gaucha Martín Fierro* [...] Derivar la literatura gauchesca de su materia, el gaucha, es una confusión que desfigura la notoria verdad [...] Las guerras de la independencia, la guerra del Brasil, las guerras anárquicas, hicieron que los hombres de cultura civil se compenetraran con el gauchaje; de la azarosa conjunción de esos dos estilos vitales, del asombro que uno produjo en el otro, nació la literatura gauchesca”. Siguiendo esa sugerencia, pienso que sería más interesante y hasta pertinente preguntarse por las búsquedas equivalentes de una epopeya nacional en otras literaturas americanas.

No obstante estas objeciones, Dobry tiene razón en cuanto al impulso utópico que descubre en *El payador*, al mostrar cómo en las formas culturales de la pampa argentina Lugones encontraba la promesa de realización cabal de los antiguos ideales griegos del “linaje de Hércules”, que junto con un misterioso

borramiento del cristianismo y un castellano no contaminado por las invasiones italianizantes del Renacimiento habrían llegado con los rudos soldados de la Conquista, para encarnar finalmente en ese texto milagroso, el *Martín Fierro*. Ese es otro de los aspectos más originales de su lectura. Lo encuentro sintetizado en esta cita: “[Lugones] —dice Dobry— crea una utopía del pasado, una historia proyectada hacia el futuro. Grecia fue el embrión de de la perfección del individuo y de la sociedad, cuyo desarrollo, impedido en Europa, alcanzará en el Río de la Plata, su esplendor definitivo” (p. 109). Y es en esta tesis donde el enigma planteado por el paradójico juego temporal del título, *Una profecía del pasado*, encuentra su razón de ser, sustentado en las complejas conceptualizaciones formuladas por Reinhart Koselleck en sus estudios sobre los tiempos históricos, con títulos no menos paradójicos como el de su espléndido libro *Futuro pasado*. Invención de un pasado, proyecto de pasado, profecía de pasado: en el pasado imaginado por Lugones, la distorsión de la historia resulta, afirma Dobry, un reflejo de las aspiraciones de futuro.

Para terminar, quiero destacar que *Una profecía del pasado* tiene la virtud no muy frecuente de ser un libro erudito, que sostiene sus hipótesis con un sólido aparato bibliográfico y conceptual refrendado por citas y notas, sin dejar por ello de ser, al mismo tiempo, un libro amable para con el lector. Escrito en una prosa clara e impecable, distante de los prejuicios y condenas tan remanidos sobre el pensamiento y la figura de Lugones, no da nada por supuesto, y brinda toda la información necesaria como para que aun quienes no tengan presentes o no compartan las referencias de una trama tan densa de cuestiones históricas, lingüísticas, estéticas e ideológicas como la que sostiene sus hipótesis, puedan seguir con espíritu crítico libre de preconcepciones una argumentación compleja que enriquece las lecturas actuales sobre el período hoy revisitado desde el Bicentenario. En este contexto, resulta un complemento agudo e indispensable de los estudios críticos que acompañan la excelente reedición de *El payador* realizada en 2009 por la Biblioteca Nacional, con los que, quizá sin buscarlo, viene a dialogar.

María Teresa Gramuglio